

REIVINDICAR SIN CANSARSE

Domingo 29 del T.O. 19 de Octubre de 2025

Evangelio según LUCAS 18, 1-8

Jesús, para explicar a sus discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola:

-Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni respetaba a hombre.

En la misma ciudad había una viuda que iba a decirle:

«Hazme justicia frente a mi adversario».

Por bastante tiempo no quiso, pero después pensó:

«Yo no temo a Dios ni respeto a hombre, pero esa viuda me está amargando la vida; le voy a hacer justicia, para que no venga continuamente a darme esta paliza».

Y el Señor añadió:

-Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no reivindicará a sus elegidos, si ellos le gritan día y noche, o les dará largas? Os digo que los reivindicará sin tardar. Pero cuando llegue el Hombre, ¿qué?, ¿va a encontrar esa fe en la tierra?



La parábola de Jesús, muestra la buena disposición de Dios para hacer justicia a los suyos, sobre todo a los más necesitados, es decir, a las primeras víctimas de la injusticia. Tal era el caso de las viudas en aquel tiempo, y sigue siéndolo muchas veces en los nuestros. Y tal es el caso de los señores de aquel tiempo, desentendiéndose de los pobres, negándose a escuchar sus reivindicaciones, y sigue siéndolo con frecuencia también en nuestros tiempos, porque, aunque se diga que todos

somos iguales ante la ley, las leyes no se aplican igual para todos.



El pecado social y estructural es hoy más fuerte que nunca y aún mayor la conciencia que de él tienen sus víctimas. Son miles y millones las voces que, como la viuda del evangelio, claman pidiendo justicia. Aquella viuda se sentía incapaz, por mujer y por oprimida, de ajustarle las cuentas a su adversario. Hoy sigue siendo un pecado estructural la sistemática discriminación de la mujer. Sabemos que existen otras muchas estructuras de pecado que dañan gravemente la libertad humana o desprecian el señorío y preeminencia propia de la persona por ser persona.

Un cuento:

«Se hallaba un sacerdote sentado en su escritorio, junto a la ventana, preparando un sermón sobre la Providencia. De pronto, oyó algo que le pareció una explosión y, a continuación, vio cómo la gente corría enloquecida de un lado para otro. Supo entonces que había reventado una presa que el río se había desbordado y que la gente estaba siendo evacuada.

El sacerdote comprobó como el agua había alcanzado ya la calle en la que él vivía, y tuvo cierta dificultad en evitar dejarse dominar por el pánico. Pero consiguió decirse a sí mismo:

"Aquí estoy yo, preparando un sermón sobre la Providencia, y se me ofrece la oportunidad de practicar lo que predico. No debo huir con los demás, sino quedarme aquí y confiar en que la providencia de Dios me ha de salvar".

Cuando el agua llegaba ya a la altura de su ventana, pasó por allí una barca llena de gente. "¡Salte adentro, Padre!", le gritaron. "No, hijos míos", respondió el sacerdote lleno de confianza, "yo confío en que me salve la providencia de Dios".

El sacerdote subió al tejado y, cuando el agua llegó hasta allí, pasó otra barca llena de gente que volvió a animar encarecidamente al sacerdote a que subiera. Pero él volvió a negarse.

Entonces se encaramó a lo alto del campanario. Y cuando el agua le llegaba ya a las rodillas, llegó un agente de policía a rescatarlo con una motora. "Muchas gracias, agente", le dijo el sacerdote sonriendo tranquilamente, "pero ya sabe usted que yo confío en Dios, que nunca habrá de defraudarme".

Cuando el sacerdote se ahogó y fue al cielo, lo primero que hizo fue quejarse ante Dios: ¡Yo confiaba en ti! ¿Por qué no hiciste nada por salvarme?".

"Bueno -le dijo Dios-, la verdad es que envié tres botes, ¿no lo recuerdas?"».



NO DEJES DE AMARNOS

¡Qué extraño trato con Dios...!

¡Señor, concédeme esto!

¡Señor, que consiga tal cosa!

¡Señor, cúrame!

Como si Dios no supiera, mejor que nosotros, lo que necesitamos.

¿Acaso el pequeño dice á su madre:

"Prepárame tal papilla"?

¿O el enfermo al médico:

"Recéteme tal medicina"?

¿Quién podrá decir si lo que nos falta no es cosa peor que lo que tenemos?

Digamos, pues, tan sólo esta plegaria:

"Señor, no dejes nunca de amarnos..."

- Encontramos cada día personas pobres o empobrecidas que a veces pueden ser nuestros vecinos. A menudo no tienen una vivienda, ni la comida suficiente para cada jornada. Es escandaloso que, en un mundo dotado de enormes recursos, destinados en gran parte a los armamentos, los pobres sean la mayor parte, miles de millones de personas. No lo olvidemos: los pobres, casi siempre, son víctimas, no culpables. [...]

- Los bienes de la tierra no están destinados a unos pocos privilegiados, sino a todos. Es necesario que cuantos poseen riquezas sean generosos, reconociendo el rostro de los hermanos que pasan necesidad.

Papa Francisco